"*De todo esto se desprende imperiosamente la necesidad −una necesidad absoluta− para la vanguardia del proletariado, para su parte consciente, para el Partido Comunista, de recurrir a la maniobra, a los acuerdos, a los compromisos con los diversos grupos proletarios, con los diversos partidos de los obreros y de los pequeños patronos. Toda la cuestión consiste en saber aplicar esta táctica para elevar, y no para rebajar, el nivel general de conciencia, de espíritu revolucionario y de capacidad de lucha y de victoria del proletariado.[...]*

La táctica acertada de los comunistas debe consistir en utilizar estas vacilaciones y no, en modo alguno, en desdeñarlas; para utilizarlas hay que hacer concesiones a los elementos que se inclinan hacia el proletariado −en el caso y en la medida exacta en que lo hacen− y, al mismo tiempo, luchar contra los elementos que se inclinan hacia la burguesía. Debido a que seguimos una táctica acertada, el menchevismo se ha ido descomponiendo y se descompone más y más en nuestro país; dicha táctica ha ido aislando a los jefes obstinados en el oportunismo y trayendo a nuestro campo a los mejores obreros, a los mejores elementos de la democracia pequeño-burguesa. Se trata de un proceso largo, y las "soluciones" fulminantes tales como "ningún compromiso, ninguna maniobra" sólo pueden dificultar el crecimiento de la influencia del proletariado revolucionario y el aumento de sus fuerzas."

V.I.Lenin. La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo

Introducción

Tras el anterior artículo[1] donde mostramos las décadas precedentes de lucha proletaria —esa historia que la burguesía preferiría enterrar bajo montañas de papel mojado, estadísticas amañadas y discursos parlamentarios sin sustancia— quizá sea pertinente volver a formular la pregunta que a tantos doctores del orden establecido les causa espasmos: ¿es necesaria la Revolución hoy?

Claro está, dirán algunos que la cuestión es ociosa, que la sociedad actual, con sus máquinas brillantes y sus mercancías envueltas en celofán ideológico, ha superado aquellas "viejas contradicciones" que Marx y otros "agitadores" señalaban con demasiado entusiasmo. Según ellos, la explotación estaría "matizada", el capital sería "humano" y el obrero, ¡ya no sería obrero!, sino "colaborador", "operador de experiencia" o cualquier otro disfraz semántico que permita ocultar la relación de servidumbre asalariada.

Pero si algo nos ha enseñado la historia —y la historia reciente lo confirma con la tozudez de un hecho material— es que las condiciones que originaron la lucha de clases no se desvanecen por decreto, ni por reformas cosméticas, ni por la buena voluntad de los propietarios de capital. El proletariado, lejos de haber sido emancipado, sigue encadenado al proceso productivo; sólo que ahora las cadenas están pulidas, automatizadas y envueltas en una niebla ideológica aún más densa que en las viejas fábricas humeantes.

Por tanto, preguntar hoy por la necesidad de la Revolución es casi una ironía en sí misma. Es como preguntar si un edificio derrumbándose necesita apuntalamiento, o si un enfermo terminal requiere tratamiento. La sociedad burguesa, sostenida por la explotación universal y el fetichismo de sus mercancías, continúa arrastrando sus propias contradicciones con la misma torpeza de siempre, solo que con un barniz tecnológico que pretende disimularlas.

La verdadera cuestión no es si la Revolución es necesaria, sino si somos capaces de reconocerla como la única salida racional frente al absurdo que el capitalismo ha elevado a principio sagrado. Y es precisamente esa pregunta —su sentido, su urgencia y su posibilidad histórica— la que abordaremos a continuación.

No faltará quien objete que vivimos en una era "progresista", donde la ciencia avanza a pasos de gigante, donde las máquinas realizan tareas antes inimaginables y donde el individuo se cree más libre que nunca porque puede elegir entre veinte modelos de la misma mercancía. ¡Qué prodigio del pensamiento burgués! Se toma la abundancia mercantil por libertad humana, y la hiperconectividad por emancipación espiritual. Mientras tanto, el trabajador, esa base silenciosa sobre la que se sostiene toda la pompa moderna, se encuentra más dependiente, más vigilado y más expropiado que en cualquier otro momento de la historia. La alienación, lejos de disiparse, ha sido refinada hasta alcanzar un grado de perfección cercano al arte.

El capitalismo de nuestros días, revestido con sus nuevas tecnologías y sus "innovaciones disruptivas", no ha hecho sino perfeccionar la vieja tendencia del sistema: convertir cada

[1] Tirar de gatillo https://medium.com/@rabochi_masakov/tirar-de-gatillo-2ab64cb9f0ab

aspecto de la vida en mercancía, cada relación humana en un intercambio calculado y cada minuto del día en tiempo de trabajo potencial. Nos presentan estas transformaciones como avances civilizatorios, cuando en realidad no son más que nuevas formas de capturar más valor del trabajador, nuevas vías para intensificar la explotación y nuevas cadenas —invisibles, pero no menos férreas— que atan al proletariado a la rueda del capital.

Y he aquí lo verdaderamente irónico: cuanto más se desarrolla el capital, cuanto más perfecciona sus propios medios, más evidente se hace la fragilidad de su dominio. La burguesía, esta clase que reina sobre el mundo como un titiritero arrogante, confía tanto en sus máquinas, en sus sistemas financieros y en su moral de propietarios que no advierte que está preparando el escenario para su propio derrumbe. Pues, como ya señaló el socialismo científico hace mucho tiempo, el capital cava su propia tumba, no por capricho metafórico, sino porque su movimiento interno no puede sino generar crisis recurrentes, miseria extendida y contradicciones cada vez más insoportables.

Así pues, cuando hablamos de la Revolución hoy, no nos referimos a un acto romántico ni a una nostalgia del pasado. No invocamos la Revolución como se invoca un mito heroico, sino como una necesidad que brota del propio funcionamiento del sistema capitalista. La Revolución no es un sueño, sino un diagnóstico; no es un ideal etéreo, sino la consecuencia lógica de un orden que ya no puede sostenerse más que a través del desperdicio humano y la destrucción material.

Nos preguntamos, pues, no si la Revolución es posible, sino cuánto tiempo más podrá la burguesía ocultar las grietas que recorren su mundo como terremotos silenciosos. Porque, aunque se esfuerce en distraer al proletariado con espectáculos, deudas o promesas de ascenso social, la realidad material tiene la mala costumbre de imponerse. Y la realidad de nuestro tiempo es que el capitalismo ya no puede ofrecer nada que no sea precariedad creciente, guerras por mercados y una miseria espiritual revestida de entretenimiento barato.

Por ello, esta introducción no pretende adornar la cuestión, sino situarla donde corresponde: en el terreno de la necesidad histórica. Si el proletariado quiere liberarse, debe reconocer que no hay reforma posible que cure una estructura cuya esencia es la explotación.

Ahora bien, para comprender la necesidad de la Revolución en nuestros días, no basta con señalar las contradicciones generales del capital; es preciso descender a las determinaciones concretas del trabajo, al modo en que la actividad humana se subsume bajo la lógica inapelable de la acumulación. Porque el trabajo, ese fundamento de toda riqueza y a la vez piedra angular de la explotación moderna, sigue siendo hoy lo que fue en el siglo XIX: tiempo humano arrancado, convertido en valor y devuelto al productor en forma de salario, es decir, en forma de dependencia. Y por mucho que los teóricos de la modernidad se esfuercen en pintar al trabajador como “clase media”, “profesional cualificado” o “talento digital”, las leyes que rigen su existencia siguen siendo las mismas que Marx describió con implacable claridad.

Por ello, en este artículo no rehuiremos la cuestión que tanto incomoda a los propagandistas del “fin de la clase obrera”: ¿existe hoy proletariado en España? ¡Vaya pregunta! Como si las naves industriales, los almacenes logísticos, los supermercados, los transportes, las cadenas hoteleras, las plataformas digitales o los miles de trabajadores

desplazados cada día a vender su fuerza de trabajo no fuesen suficientes evidencia. Pero ya que lo preguntan, nos tomaremos la molestia de aproximarnos, con espíritu científico, a la realidad material: cuántos trabajadores viven únicamente de su salario, sin propiedad, sin medios de producción, sin más recurso que acudir cada día a un puesto de trabajo para reproducir su existencia. Y veremos que, lejos de desaparecer, el proletariado en España constituye la abrumadora mayoría de la población activa. Su forma ha cambiado, su vestimenta también, sus herramientas son distintas… pero su posición en el modo de producción capitalista sigue siendo idéntica: es la clase explotada.

Mas la simple existencia del proletariado no basta para que la Revolución se abra paso. Las clases no se liberan por inercia, ni por el simple peso de las contradicciones. El proletariado, para convertirse en sujeto histórico, debe ser organizado, debe elevarse desde la experiencia fragmentada de la explotación cotidiana hasta la comprensión colectiva de su papel revolucionario. Y aquí aparece una verdad incómoda que los reformistas quisieran borrar: solo los comunistas podemos cumplir esta tarea histórica-productiva. No por arrogancia doctrinal, sino porque somos quienes asumen la responsabilidad de unir teoría y práctica, quienes comprendemos el movimiento real del capitalismo y quienes podemos dotar al proletariado de una orientación histórica.

En este sentido, insistiremos en algo que la tradición marxista-leninista ha repetido hasta la saciedad, y que hoy más que nunca debe ser recordado: la organización del proletariado no nace de asociaciones difusas ni de espontaneidades pasajeras, sino de células comunistas en los centros de trabajo, células que no se limitan a repartir propaganda, sino que estudian las condiciones concretas, desarrollan la conciencia de clase, luchan políticamente y sirven como núcleos desde los cuales irradiará la Línea Comunista Revolucionaria destinada a reconstituir el Partido Comunista.

Porque sin Partido no hay Revolución, y sin células de empresa no hay Partido. Esta es una verdad tan simple como insoportable para quienes desean un comunismo sin proletariado, una revolución sin organización y un socialismo sin lucha. Pero la historia no concede tales comodidades: si la clase obrera ha de convertirse en la sepulturera del capitalismo, debe antes convertirse en la vanguardia organizada de sí misma, y tal tarea comienza en el lugar donde se produce la explotación: el centro de trabajo.

1. Determinaciones del trabajo

Antes de apresurarnos a señalar —como quien designa por decreto a un salvador providencial— al sujeto históricamente llamado a poner fin a la ley del intercambio equivalente y, con él, al propio capitalismo, conviene descender a los fundamentos más elementales, allí donde la economía política burguesa preferiría no mirar. Pues bien, aunque no haya duda de que el proletariado constituye ese sujeto, sería una ingenuidad casi piadosa pasar por alto las determinaciones concretas del trabajo bajo el régimen capitalista: esas formas múltiples y retorcidas en las que la contradicción principal del sistema se descompone como un cadáver en etapas sucesivas de descomposición.

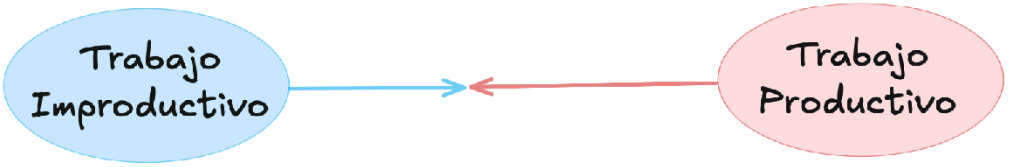
Son estas particularidades en las que la dominación del capital se disfraza de necesidad natural, las que deben ser comprendidas antes de proclamar quién derribará la vieja sociedad. Porque sólo en el análisis despiadado de esas contradicciones internas —no en la devoción sentimental por "el trabajador" en abstracto— se revela la verdadera fuerza histórica llamada a desatar el fin de esta maquinaria que convierte el trabajo vivo en un simple apéndice de su propia tumba.

El trabajo, en términos generales es la toma y transformación de la naturaleza de forma consciente para la satisfacción de nuestras necesidades. Cuando agricultores de las marismas del Guadalquivir como en Isla Mayor cultivan arroz, dando en estas regiones el 40% de toda la producción nacional de arroz, se está trabajando. Cuando el peón de la industria manufacturera de Alcanar toma la N-340 para dirigirse a la Planta que se encarga de producir las 2,18 millones de toneladas de cemento de las 13 millones que produce CEMEX, se está trabajando.

Tenemos que diferenciar las distintas determinaciones del trabajo para un análisis más riguroso y correcto de nuestra realidad más inmediata. Solamente determinando con exactitud cómo se resuelven en síntesis las distintas determinaciones del trabajo podremos, de manera precisa determinar la situación del proletariado y sobre la necesidad de la Revolución.

DET 1: Trabajo Improductivo vs Trabajo Productivo

La primera determinación de la que tenemos que hablar es el resultante de entre el trabajo productivo y el trabajo improductivo.



De un lado, el trabajo productivo es aquel que produce plusvalía. Pero esta determinación sólo se revela plenamente cuando comprendemos la forma específica en que el valor se engendra en el modo de producción capitalista. La mercancía nacida de este proceso puede expresarse como:

$$m = c + v + p$$

donde c es el capital constante consumido, v el capital variable adelantado al obrero, y p la plusvalía generada por la parte no pagada de su jornada de trabajo. Esta fórmula no describe únicamente una relación contable, sino la estructura interna de la producción capitalista: la mercancía es, ante todo, trabajo humano objetivado, pero un trabajo realizado bajo la dominación del capital, cuyo fin no es el valor de uso, sino la valorización.

Ahora bien, para que esta producción de valor se realice, es decir, para que el valor y la plusvalía contenidos en la mercancía se hagan efectivos, la mercancía debe entrar en el proceso de circulación, ser intercambiada, convertirse en dinero. Pero esta necesidad no altera el hecho fundamental: la creación del valor —y por tanto la determinación del trabajo productivo— ocurre exclusivamente en la producción, no en la circulación. Y esta producción sólo existe allí donde el capital compra fuerza de trabajo y la consume como trabajo vivo creador de valor nuevo.

Por ello, el trabajo es productivo no porque produzca un objeto material, ni porque dé origen a un valor de uso intercambiable, sino porque su actividad se incorpora en la mercancía bajo la forma del componente v + p, siendo p la parte que el capitalista se apropia sin equivalente. El obrero productivo es aquel cuyo trabajo expande el valor adelantado, reproduciendo el capital en una escala mayor.

El producto final, sea un bien o un servicio, sólo puede entrar en el mercado como mercancía si contiene este proceso dual:

1. una parte del valor transferida por los medios de producción (c),
2. una parte del valor nuevo creada por el obrero (v + p).

Y es esta última la que determina si el trabajo ha sido productivo en sentido científico, pues sólo el trabajo que genera p—plusvalía— contribuye a la autovalorización del capital.

Así, puede decirse rigurosamente que:

- El trabajo productivo es aquel que, al ser consumido por el capital, crea la porción de valor (v + p) de la mercancía.
- La producción capitalista no tiene por finalidad el valor de uso, sino la producción de p.
- Sólo donde aparece m = c + v + p aparece el obrero productivo y el capital como capital.

De este modo, el trabajo productivo es aquel que, por su propia forma social, convierte el trabajo vivo en una fuerza del capital, materializando la plusvalía en una mercancía cuya venta realiza esa explotación ya producida.

De un lado, el trabajo improductivo es aquel que no produce plusvalía.

Para comprender esta determinación, hay que partir (de nuevo) de la forma capitalista de la mercancía, m = c + v + p, y del hecho de que la plusvalía p sólo puede surgir allí donde el capital se valoriza mediante el consumo productivo de la fuerza de trabajo. Allí donde no aparece la producción de p, tampoco aparece trabajo productivo, aunque el trabajador pueda crear utilidades, prestar servicios necesarios o participar activamente en la circulación.

El trabajo improductivo puede generar un valor de uso, puede ser socialmente necesario, puede incluso cambiarse por dinero. Pero no interviene en la producción del valor nuevo que aparece como v + p. En consecuencia, no se incorpora en la mercancía como una parte de la masa de valor que el capital venderá para realizar la plusvalía, porque su función no es aumentar el valor adelantado, sino simplemente satisfacer una necesidad o facilitar la circulación de mercancías ya producidas.

Son improductivos, por ejemplo:

- Los trabajos que sólo ejecutan funciones de circulación: vender, contabilizar, transportar o almacenar mercancías ya producidas.
- Los trabajos que prestan servicios personales: el camarero, el actor contratado para el disfrute del capitalista, el chófer privado, el docente contratado para consumo personal, etc.
- Aquellos trabajos en empresas capitalistas de servicios que no forman parte del proceso directo de producción del capital, sino que actúan como costes de administración, de gestión o de circulación.

Así puede decirse:

- Trabajo improductivo es aquel que no añade a la mercancía la parte del valor nuevo que constituye la plusvalía.
- No aparece en la forma m = c + v + p, porque no participa en la producción de p.
- Su pago se realiza desde el ingreso (ganancia o salario), no desde el capital, pues no genera capital.

El trabajo improductivo puede ser necesario para el funcionamiento del sistema social, para la venta de mercancías, para la administración o para el consumo personal del capitalista; pero no transforma el valor adelantado en un valor mayor y, por tanto, no reproduce las condiciones de existencia del capital como capital.

En síntesis: trabajador improductivo es aquel cuya actividad puede ser útil, necesaria y remunerada, pero que no es consumida por el capital como trabajo creador de plusvalía, y que por ello no participa en la producción del valor expresada en la fórmula m = c + v + p.

Si resumimos, podríamos decir que un peón de la industria manufacturera que fabrica, digamos, una mesa, es un trabajador productivo pues crea una mercancía, valor nuevo. En contraposición, un camarero sería un trabajador improductivo.

Recordamos que los términos “productivo” e “improductivo” es en términos para el capital. No dice nada sobre si es necesario o no. Por ejemplo, un enfermero de la Sanidad Pública estaría desarrollando trabajo improductivo pues no estaría creando valor nuevo. No obstante, nos podemos imaginar de lo necesario que es tener servicios sanitarios. Mientras que el trabajo improductivo produce valor de uso, el trabajo productivo se dirige a confeccionar valor de cambio.

Sigamos jugando con más ejemplos. Pareciera evidente pensar que un contable es trabajo improductivo al igual que el informático de sistemas que lleva las redes y software de su empresa. Por otro lado, un obrero de la construcción, parece evidente que es trabajo productivo. Mientras que ni el contable ni el informático producen valor nuevo, el obrero sí. Repetimos, esto no significa que no sea necesario, solamente que para el capital es improductivo al no producir plusvalor ¡Pues todo esto puede cambiar radicalmente! ¿Qué sucede ahora si ese mismo informático, su empresa lo emplea para llevar las redes y sistemas de otras empresas? En ese caso, el informático pasa a ser trabajador productivo pues produce plusvalor. Lo mismo sucedería con el contable si ahora se le asigna una cartera de empresas que deberá llevar (esto es, que otras empresas adquieren esa mercancía en la forma de servicio).

Parece, que la determinación de trabajo productivo-improductivo no es del todo buena para definir al proletariado. Otro punto a aclarar es que con los servicios pareciera que la mayoría son improductivos pues no producen mercancías, pero nada de eso. Pongamos otro ejemplo: Una persona que cocina en su casa para ella y su pareja, no produce plusvalor. Así pues, está realizando trabajo, sí, pero es improductivo para el capital. Ahora bien, ese mismo cocinero en un bar, al confeccionar una mercancía intercambiable, ahora está siendo productivo. Como vemos, poco tiene que ver con la persona o el trabajo en sí.

Aún podemos ser más rigurosos ¿Recordamos ese obrero de la construcción? Parece evidente que es productivo para el capital. Ahora bien, si construye un bloque de oficinas para, por ejemplo, el Banco Santander (sector financiero), dado que a la empresa de construcción se le va a pagar con los fondos de una empresa que SIEMPRE es improductivo, entonces esos obreros pasan a realizar trabajo improductivo.

Pareciera que esto es querer encontrar una rigurosidad casi enfermiza, pero nos sirve muy bien para evidenciar que al proletariado no se le puede definir por si realiza trabajo productivo o improductivo. Así de claro lo resumió Marx[2].

> El mismo género de trabajo puede ser productivo o improductivo. Así Milton, que escribió *El paraíso perdido*, era un trabajador improductivo. Por el contrario, el escritor que trabaja para su editor como un asalariado de la industria, es un trabajador productivo. Milton hizo *El paraíso perdido* como el gusano de seda hace seda. Era una manifestación de su naturaleza. Vendió más tarde su producto por 5 libras esterlinas. Pero el escritor proletario de Leipzig que, bajo la dirección de su editor, fabrica libros (por ejemplo, manuales de economía política), es un obrero productivo, ya que su producción es, desde el comienzo, subordinada al capital y sólo se cumple para su provecho. Una cantante que vende su voz por cuenta propia, es un trabajador improductivo. Pero la misma cantante, contratada por un empresario que la hace cantar para ganar su dinero, es un trabajador productivo. Porque produce capital.

[2] Marx K. y Engels F., Sobre el arte y la literatura

Si bien es cierto que de nada nos sirve para definir al proletariado, sí que nos será de utilidad para analizar hacia dónde se va resolviendo esta contradicción. Un ejemplo lo podemos tener con el caso anteriormente mencionado de cocinar en casa. Dado que esto es trabajo improductivo, en un principio se fue resolviendo, levemente, esta contradicción hacia el trabajo productivo realizado por un cocinero asalariado en un bar o restaurante. Este trabajo doméstico fue pasando, aunque sea en día puntuales, hacía el trabajo productivo, un trabajo productivo que se potenció para este tipo, con la aparición de los servicios y aplicaciones de pedidos de comida a domicilio.

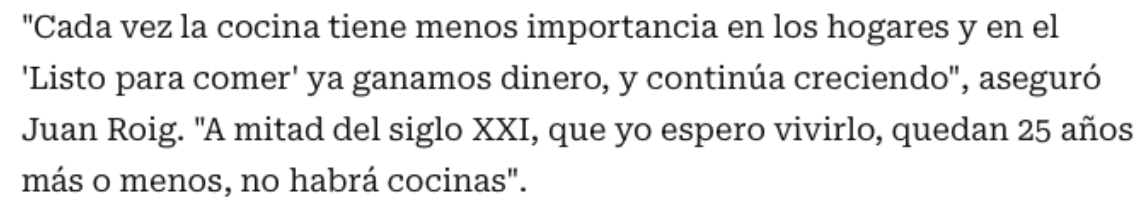
No obstante, con el paso del tiempo y la agudización de otras contradicciones como el aumento de la gentrificación y los trayectos de casa al trabajo de más de 30-40 minutos, se ha ido haciendo más frecuente la comida “Listo Para llevar”.

El consumo de platos preparados sigue disparado en 2025 y suma otro aumento del 5,8%

A la tendencia creciente de la comida lista para llevar se suma también la irrupción de alimentos no autóctonos, como el aguacate y los arándanos, y de los productos ya envasados

Este crecimiento no es en modo alguno casual. Allí donde los bares y los pequeños establecimientos de restauración se presentan, por regla general, como formas típicas de la pequeña burguesía, los supermercados aparecen, por el contrario, como expresión acabada del gran capital. Y en el modo de producción capitalista, la acumulación del capital no es un accidente, sino una tendencia necesaria que brota de su propia lógica interna. Cuanto más avanza la subsunción de las actividades sociales bajo el capital —primero formal, luego real—, tanto más se transforma incluso la reproducción cotidiana de la vida en esfera de valorización.

De esta subsunción surge precisamente el auge de las mercancías preparadas, de la comida precocinada, de los productos listos para llevar y para el consumo inmediato. Lo que se presenta como simple comodidad o como adaptación a las necesidades de la vida moderna no es sino la manifestación superficial de un proceso más profundo: el capital, en su afán de expandir los dominios de la plusvalía, penetra en cada poro de la existencia social y convierte incluso los actos elementales de la reproducción humana en oportunidades para la circulación acelerada de mercancías y para la rotación ampliada del valor.



"Cada vez la cocina tiene menos importancia en los hogares y en el 'Listo para comer' ya ganamos dinero, y continúa creciendo", aseguró Juan Roig. "A mitad del siglo XXI, que yo espero vivirlo, quedan 25 años más o menos, no habrá cocinas".

El burgués Juan Roig nos anuncia que, hacia el año 2050, las cocinas habrán desaparecido, sustituidas por la omnipresencia de mercancías que adoptan la forma de comida lista para llevar. Este vaticinio, que en apariencia parece una simple exageración empresarial, expresa en realidad una tendencia objetiva del capital: trasladar cada vez más funciones de la reproducción doméstica a la esfera de la producción capitalista, donde el trabajo puede ser subsumido y forzado a producir plusvalía.

La llamada comida lista para llevar, la comida que sólo requiere ser calentada para ser consumida, no surge de la nada; es producto de fábricas como las de Familia Martínez, donde la transformación del trabajo vivo en apéndice de la maquinaria alcanza un grado notable. Allí pueden correr sobre las cintas dieciséis mil lasañas precocinadas por hora, y el mismo "baile" de máquinas que mezclan arroz y dados de pollo prepara también el arroz con pollo al curry que el consumidor no necesita sino calentar para ingerir. Lo que se presenta como comodidad para el individuo es, en el fondo, la ampliación de la esfera de producción de mercancías, la sujeción de las actividades de alimentación a la lógica de la valorización.

En esta expansión se hace cada vez más visible la predominancia del trabajo productivo sobre el improductivo. Y con ello se comprende mejor el fenómeno contemporáneo denominado "externalización". Bajo el lenguaje ideológico de la gestión empresarial, la externalización se presenta como un traslado técnico de actividades hacia terceros. Pero su esencia no es otra que ésta: liberar al capital de aquellas funciones que no producen plusvalía y derivarlas hacia esferas donde pueden asumir la forma de trabajo productivo. La llamada externalización no es, por tanto, un simple movimiento administrativo, sino un proceso por el cual el capital desplaza el trabajo improductivo hacia el terreno donde puede ser explotado productivamente.

Así pues, la contradicción se decanta por el lado del trabajo productivo. Y con esto, tenemos resuelta la primera determinación dialéctica del trabajo, pero nos quedan más.

DET 2: Trabajo Intelectual vs Trabajo Manual

La siguiente determinación surge como síntesis dialéctica entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. Esta oposición no es una condición natural, sino el producto histórico de la división social del trabajo, que separa las funciones de concepción y dirección de las funciones de ejecución. En el desarrollo del modo de producción capitalista, el trabajo intelectual aparece ligado, por lo general, a actividades técnicas y científicas de alta especialización, nacidas en el seno de la ciencia burguesa y puestas al servicio de las necesidades del capital: cálculo, supervisión, diseño, control y sistematización del proceso de producción.

En contraposición, el trabajo manual se despliega como actividad repetitiva, monótona, mecánica, a menudo acompañada de una exigencia física continua. Su papel no consiste en concebir, sino en ejecutar; no en dirigir el proceso, sino en someter la fuerza del cuerpo a las exigencias del capital, convirtiendo al trabajador en órgano vivo de la maquinaria.

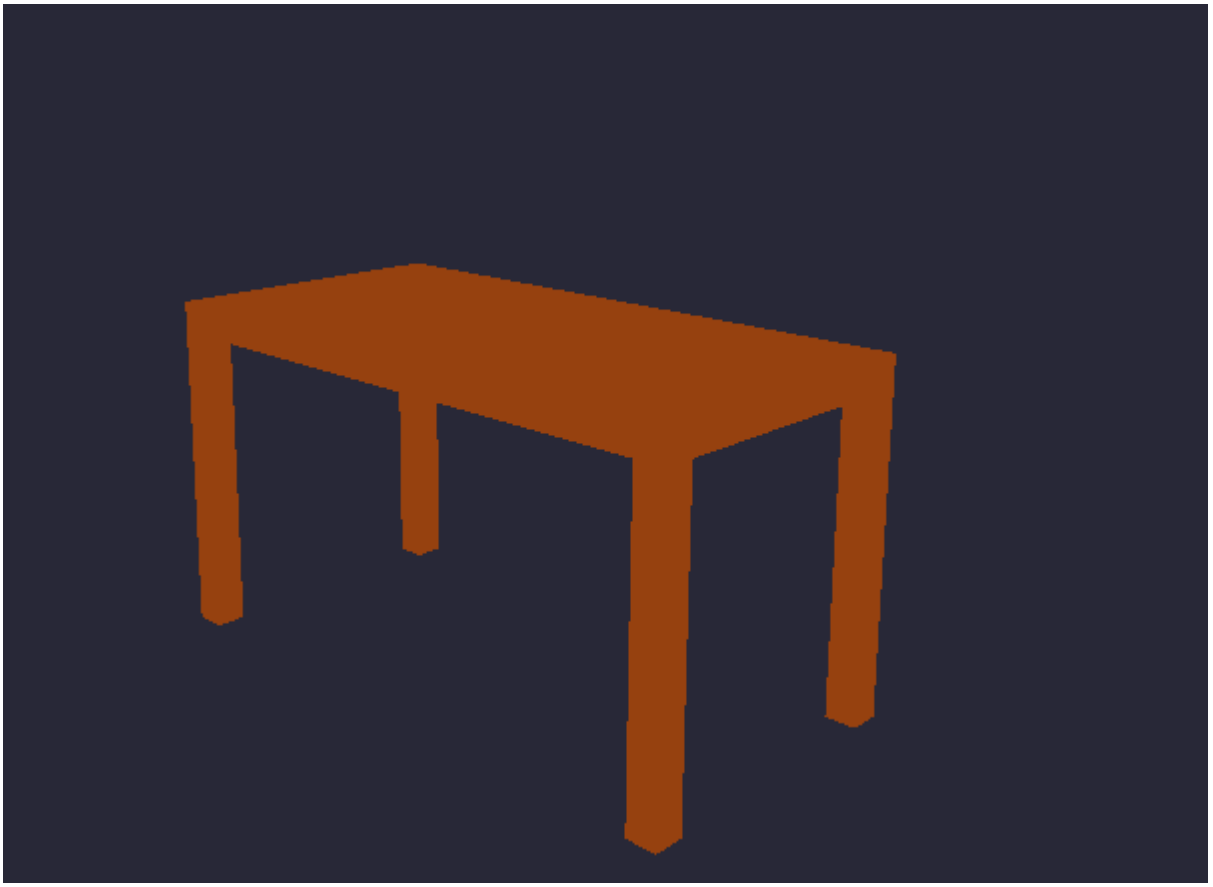
Pero esta escisión no debe tomarse como algo fijo ni natural. En su movimiento, el capital tiende tanto a separar como a unificar, a despojar al obrero manual de sus facultades intelectuales mientras eleva al trabajador intelectual a la condición de auxiliar especializado del proceso de valorización. La síntesis dialéctica entre ambos no expresa armonía, sino la unidad contradictoria que el capital establece entre los distintos momentos del trabajo social.

Y aunque podamos seguir desarrollando la idea, tendremos que pasar hacia la tercera determinación, eso sí, comentando que la anterior determinación se irá resolviendo –y como entenderemos en breve– hacia el trabajo manual. La tercera determinación del trabajo es la existente entre el trabajo simple y el trabajo complejo.

DET 3: Trabajo Simple vs Trabajo Complejo

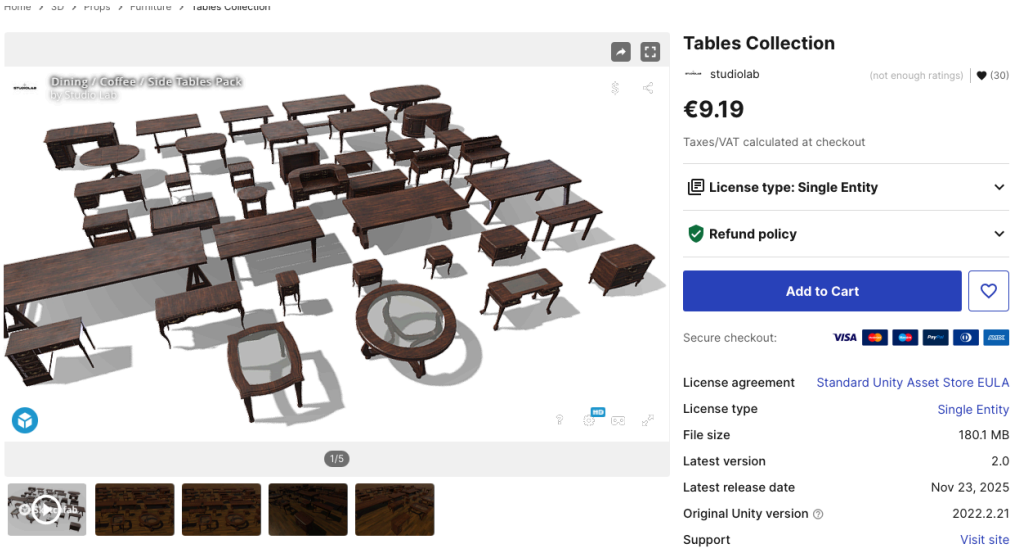
El trabajo simple es aquel que puede realizar la inmensa mayoría de la población sin ser necesaria una gran especialización bajo unas condiciones medias de conocimiento, destreza y desarrollo de las fuerzas productivas. Por otro lado, el trabajo complejo son aquellas tareas que por sus propias características, requieren de una mayor cantidad de horas de estudio y de trabajo en la forma de adquisición de experiencia, o incluso de una mayor cantidad de medios que permitan el aprendizaje de esas tareas. Como ejemplo podríamos poner a un programador de software o de videojuegos.

Un programador realiza por norma general un trabajo complejo, pues es una tarea que, de forma general, no puede realizar todo el mundo. Tienden a ser tareas complejas al requerir una gran cantidad de horas de formación y de prácticas hasta asentar los conocimientos de programación. Se requerirá de un ordenador un poco más potente que la media y, como mínimo, 2 pantallas.



Ese programador, para crear una mesa básica (y pixelada) se necesitaban más de 130 líneas de código. Y esto sería solamente para crear lo que se llama el “asset”, para crear la mesa en sí.

El desarrollo de un videojuego completo es, como podemos entender después de lo anterior, bastante complejo. Empero, con el paso del tiempo, las fuerzas productivas se han desarrollado lo suficiente para lograr una cosa. Antes el desarrollo llevaría muchas horas de trabajo para solamente elaborar una mesa, por lo que la burguesía se ha buscado las maneras de reducir dicho tiempo de trabajo social ¿Cómo? Centralizando estos assets ya elaborados en una tienda.



Ahora por menos de 10€ ya tienes no una mesa, sino varios tipos y tamaños. Ahora, es descargarte los assets y añadirlos.

De este ejemplo concluimos que el trabajo complejo no es siempre igual de complejo. Es más, el trabajo complejo se termina por varias unidades variables de trabajo simple. Es posible que hace 20 años, la programación de una mesa para un videojuego podrían suponer, sigamos, 100 unidades de trabajo simple. Ahora, con la aparición de los assets se habría reducido a a, por ejemplo, 30 unidades de trabajo simple.

El trabajo complejo se va reduciendo progresivamente por la necesidad de la burguesía de reducir el tiempo de trabajo socialmente necesario. Esto hace que los trabajos complejos cada vez sean más asequibles y hasta puedan devenir en trabajo simple.

Ahora programa una mesa no es trabajo complejo, sino que sería trabajo simple. Y es realmente importante este punto si queremos entender bien lo que es el trabajo complejo.

Las personas que desempeñan trabajo complejo normalmente reciben una remuneración mayor a la media dado que para poder desempeñar estas tareas, como hemos dicho, se requiere de muchas horas de estudio y prácticas. A la burguesía esto le sale rentable a pesar de la menor competencia a la que se enfrentan este tipo de trabajadores. Pero esta rentabilidad nunca es permanente.

Mientras que a la burguesía le salga más rentable el trabajador complejo que varios trabajadores simples, se seguirán empleando a los trabajadores complejos. Pero si las unidades de trabajo simple para una unidad de trabajo complejo se reduce lo suficiente, pongamos que:

1 unidad trabajo complejo = 4 unidades trabajo simple

Es posible que con esta proporción, el burgués ya no necesite de más trabajador complejo, simplemente contrataría a 4 trabajadores simples y tendría el mismo resultado. Si estos 4 trabajadores simples suman una masa salarial incluso menor a la de trabajador complejo, el burgués estaría reduciendo la ‘v’ y aumentando la plusvalía.

Antes un ingeniero de datos requería de tener un conocimiento amplío en redes, en bases de datos, posiblemente en algunos lenguajes de programación y en sistemas de permisos. Si en la máquina A tenía varios archivos que quería almacenar en una base de datos en la máquina B, ambas máquinas deberían tener conectividad y abrirle lo que se denomina un puerto a la máquina en la que tenemos la base de datos.

Deberemos enviarlo de la máquina A hasta la máquina B empleando, por ejemplo, ssh.

```
#!/usr/bin/env bash


# Configuración

REMOTE_USER="usuario"

REMOTE_HOST="IP_MAQUINA_B"

REMOTE_DIR="/home/usuario/incoming"

LISTA="lista_csv.txt"


# Recorre cada línea del archivo de lista y hace scp

while IFS= read -r fichero; do

    # Saltar líneas vacías

    [ -z "$fichero" ] && continue


    if [ -f "$fichero" ]; then

        echo "Enviando $fichero a $REMOTE_USER@$REMOTE_HOST:$REMOTE_DIR"

        scp "$fichero" "$REMOTE_USER@$REMOTE_HOST:$REMOTE_DIR"

    else

        echo "Aviso: el fichero '$fichero' no existe en esta carpeta"

    fi
```

```
done < "$LISTA"
```

Sin entrar en mucho detalle, esto sería un “Programa” en el lenguaje bash con el que se irán pasando a la máquina B, todos los archivos que tendremos especificados en un archivo de parámetros. Una vez que eso esté terminado, tendría que irse a la máquina B e insertar esos datos a su base de datos.

```
#!/usr/bin/env bash

INCOMING_DIR="/home/usuario/incoming"

DB_HOST="localhost"

DB_USER="root"

DB_PASS="tu_password"

DB_NAME="mi_basedatos"

# Opcional: activar local-infile en el cliente

MYSQL_CMD="mysql --local-infile=1 -h${DB_HOST} -u${DB_USER} -p${DB_PASS} ${DB_NAME}"

for fichero in "${INCOMING_DIR}"/*.csv; do

    # Si no hay CSV, continuar

    [ ! -e "$fichero" ] && continue

    # Nombre de archivo sin ruta

    base_fichero=$(basename "$fichero")

    # Nombre de tabla = nombre de fichero sin extensión

    tabla="${base_fichero%.csv}"

    echo "Insertando archivo '$base_fichero' en tabla '$tabla'..."

    $MYSQL_CMD <<EOF

LOAD DATA LOCAL INFILE '${fichero}'

INTO TABLE \`${tabla}\`

FIELDS TERMINATED BY ','

OPTIONALLY ENCLOSED BY '"'
```

LINES TERMINATED BY '\n'

IGNORE 1 LINES;

EOF

if [$? -eq 0]; then

echo "✔ Insertado correctamente: $base_fichero → $tabla"

else

echo "Error insertando: $base_fichero"

fi

done

En el ejemplo anterior, el trabajador debía ejecutar en la máquina B un segundo programa, asegurarse de que cada script poseyera los permisos necesarios, comprobar que el equipo A estuviera autorizado para transferir archivos al equipo B y, en general, mantener bajo su control una serie de operaciones minuciosas y mutuamente dependientes. Era, en suma, un trabajo complejo, compuesto por múltiples determinaciones que exigían al trabajador una serie de conocimientos particulares y la vigilancia constante del proceso técnico.

Pero bajo el desarrollo actual del capital, este trabajo se simplifica. El ingeniero de datos puede servirse ahora de tecnologías como Data Factory, en las cuales el acto de producción se presenta reducido a arrastrar sobre un panel una figura que representa la operación deseada —una suerte de caja abstracta— y en ella consignar un comando, por ejemplo COPY INTO, del mismo modo en que lo haría en un gestor de bases de datos como Snowflake. El proceso real de movimiento de los datos, la gestión de las carpetas donde se alojan los archivos, la asignación de permisos, la comunicación entre entornos y toda la infraestructura que hace posible la ejecución de la orden, le es sustraída al trabajador y confiada a otro grupo de operarios especializados, designados hoy bajo el nombre de DevOps.

De este modo, una parte considerable de las funciones que antes recaían en el ingeniero de datos se transfiere a otro segmento del trabajo colectivo, y el capital logra simplificar la actividad inmediata del primero. Si antes su labor equivalía, por su complejidad, a la de diez trabajadores simples, ahora esa relación se transforma: la misma operación puede reducirse a seis unidades de trabajo simple por cada unidad de trabajo complejo. El capital, al reorganizar el proceso de producción, no hace sino aplicar su tendencia permanente a descomponer, simplificar y subordinar el trabajo complejo, convirtiéndolo en una combinación específica de trabajo simple socialmente necesario. Así, transforma el conocimiento del trabajador en una fuerza del propio capital y reorganiza el proceso laboral acorde a sus fines de valorización.

El trabajo complejo no es, en sí mismo, una esencia distinta del trabajo simple; es trabajo simple potenciado, multiplicado, condensado. Una hora de trabajo complejo vale más que una hora de trabajo simple porque contiene en sí misma una suma de trabajo simple socialmente reconocido, cristalizado en la formación, la experiencia y la capacidad del trabajador. Pero esta diferencia no pertenece al individuo como atributo natural, sino que está mediada por la estructura social del trabajo y por las necesidades del capital.

El capital, sin embargo, no puede tolerar durante mucho tiempo una dependencia excesiva de habilidades que escapan a su control directo. Allí donde el trabajador detenta un saber que no puede ser fácilmente sustituido, el capital encuentra un límite a su dominio. La historia del desarrollo del proceso de producción capitalista es, por tanto, la historia de la transformación del trabajo complejo en trabajo simple, o al menos, en combinaciones de trabajo simple que pueden ser distribuidas y controladas por la dirección capitalista del proceso.

En el caso del ingeniero de datos, la complejidad previa residía en dominar el conjunto entero del flujo: gestionar rutas de archivos, permisos, conexiones entre servidores, scripts encadenados y dependencias técnicas. Esa unidad compleja del proceso se presentaba ante el trabajador como totalidad viva que requería su intervención consciente. Pero el capital ha fraccionado esta totalidad, separando las determinaciones y asignándolas a distintos segmentos del trabajador colectivo: por un lado, los equipos DevOps que construyen la infraestructura; por otro, interfaces simplificadas que reducen la ejecución del proceso a unos cuantos gestos mecánicos.

La apariencia es que el ingeniero trabaja ahora con mayor “eficiencia”. La realidad es que su trabajo ha sido desposeído de una parte de su contenido cualitativo y ha sido reducido a una forma más abstracta, más fragmentaria, más fácilmente sustituible. El capital opera aquí de la misma manera que lo hizo con el antiguo artesano, cuya unidad del proceso laboral fue desintegrada por la manufactura y la maquinaria. Cada paso que simplifica el trabajo complejo tiende, en última instancia, a abaratarlo, y por tanto a aumentar la proporción de trabajo vivo susceptible de producir plusvalía.

Así, el capital transforma la relación entre trabajo simple y trabajo complejo. Antes, el ingeniero se presentaba como portador de una multiplicidad de funciones cuya unidad sólo podía mantenerse mediante su propio conocimiento. Ahora, esa unidad se transfiere al sistema técnico, que aparece ante él como una maquinaria abstracta cuya lógica interna desconoce, pero a la cual debe adaptarse. Y cuanto más avanza esta simplificación, tanto más se convierte el trabajador “especializado” en un ejecutor de funciones prescritas por el capital, del mismo modo que la maquinaria industrial convirtió al obrero manufacturero en mero apéndice.

De este modo, el capital no sólo subsume el trabajo complejo, sino que tiende a vaciarlo de su contenido distintivo. La formación del ingeniero, su capacidad técnica específica, se ven cada vez más subordinadas al diseño del proceso productivo elaborado por el capital, y menos a la necesidad intrínseca de dominar la totalidad del flujo de trabajo. Su saber ya no aparece como propiedad del trabajador, sino como parte del capital fijo, integrado en las herramientas, las plataformas y los sistemas que gobiernan su actividad. El trabajador

complejo, en lugar de elevarse sobre el trabajador simple, es arrastrado poco a poco hacia él, convertido en ejecutor de funciones previamente simplificadas.

Lo que se presenta, por tanto, como una mejora técnica —interfaces más amigables, automatizaciones, paneles visuales— no es sino la forma moderna de un proceso ya descrito: la reducción del trabajo complejo a trabajo simple, con el objetivo de abaratar la fuerza de trabajo y aumentar la capacidad del capital para apropiarse de la plusvalía.

Tras desmenuzar estas determinaciones del trabajo —como quien despelleja una mercancía para mostrar la miseria que oculta bajo su barniz— podemos elevarnos, no sin esfuerzo, a una síntesis de múltiples determinaciones dialécticas que no existen aisladas, sino que se engendran, se niegan y se superan mutuamente en el movimiento real del modo de producción capitalista.

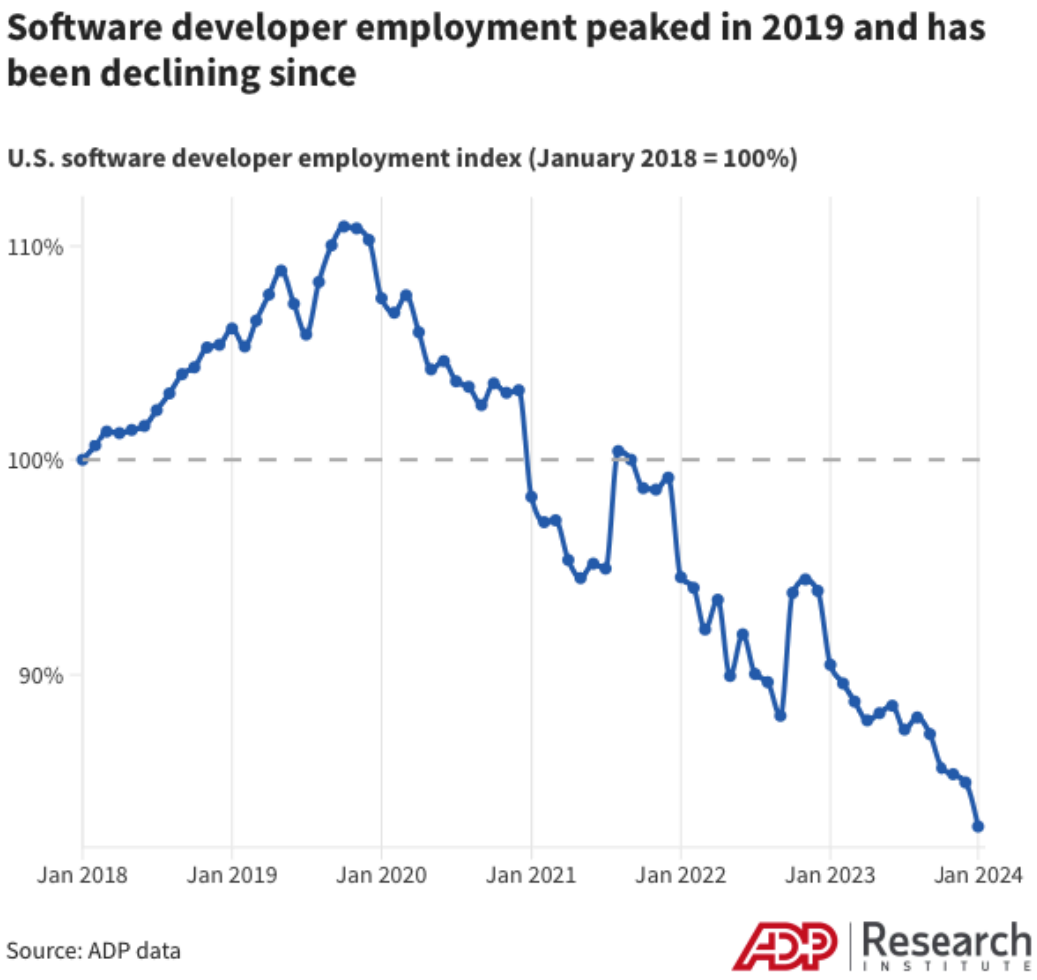
La primera determinación, la del trabajo productivo frente al improductivo, no admite ambigüedad alguna cuando se la arranca del pantano moral en que la economía vulgar pretende ahogarla. El proceso histórico resuelve esta contradicción de forma progresiva —y brutalmente coherente— en favor del trabajo productivo, pues solo él tiene la virtud, a los ojos del capital, de producir plusvalor. Todo aquello que no contribuye a esta santa misión es empujado a la periferia o transformado por la fuerza. Así, cada ámbito de la vida humana es arrancado de su carácter inmediato y sometido al criterio del beneficio: la cocina doméstica, por ejemplo, ese último refugio de una actividad aún no completamente mercantilizada, es sustituida por la comida precocinada, donde el fogón familiar cede su lugar a la fábrica y la sazón al balance contable. Allí donde antes había tiempo vital, ahora hay tiempo de trabajo ajeno cristalizado en mercancía.

La segunda determinación, la del trabajo intelectual frente al manual, aparece envuelta en una niebla aún más espesa, producida deliberadamente por quienes viven de ella. En efecto, las fronteras entre ambos son cada vez más difíciles de trazar, no por una misteriosa elevación espiritual del trabajo, sino porque el capital mezcla, recombina y subsume todas las capacidades humanas según sus necesidades momentáneas. Admitamos, no obstante —y solo a efectos analíticos, con la grosería que exige toda abstracción— la identificación de lo intelectual con lo complejo, preparando así el terreno para la tercera determinación.

En la contradicción entre trabajo simple y trabajo complejo se revela con claridad el nervio histórico del capital. La dialéctica no se resuelve aquí en favor del trabajo complejo, como sueñan los ideólogos de la meritocracia, sino precisamente en sentido contrario: el trabajo complejo es reducido, simplificado, despojado de su aura, hasta ser traducido en trabajo simple. El desarrollo de las fuerzas productivas, la maquinaria, el software, la automatización y la llamada ciencia burguesa —esa ciencia que avanza no para liberar al ser humano del trabajo alienado, sino para hacerlo superfluo o más barato— operan conjuntamente para este fin. La universalización de la educación no eleva al proletariado, sino que devalúa el conocimiento, del mismo modo que el aumento de la oferta de mercancías devalúa su precio.

Todo este movimiento no es un accidente ni una perversión moral, sino la lógica misma del capital desplegándose con la frialdad de una ley natural. Gracias a ello, el burgués obtiene en cada ciclo productivo una capacidad creciente para reducir los salarios, incluso —y especialmente— allí donde antes se veía obligado a pagar más caro determinadas fuerzas

de trabajo. El salario elevado aparece así no como un límite, sino como una invitación a su futura reducción. El capital, fiel a sí mismo, no descansa hasta haber convertido toda cualidad humana en una magnitud cuantificable, intercambiable y, llegado el momento, prescindible.



No es, pues, ninguna casualidad —aunque así se esfuerce en presentarlo la ideología dominante— que los programadores hayan comenzado a constatar, en su propia carne, la reducción progresiva de las contrataciones en su sector desde aproximadamente 2019. Lo que aquí se manifiesta no es una crisis de talento, ni una súbita pérdida de vocación, sino el resultado directo del desarrollo de las fuerzas productivas en el ámbito del software.

Los nuevos *frameworks*, las capas de abstracción y las múltiples formas de automatización no caen del cielo como dones neutrales del progreso técnico; son, por el contrario, instrumentos perfectamente adaptados a las necesidades del capital. Cada línea de código que promete “simplificar” el trabajo no hace sino condensar en menos tiempo de trabajo vivo lo que antes requería más, reduciendo así el valor de la fuerza de trabajo del programador. Aquello que ayer exigía un especialista hoy puede ser ejecutado por un trabajador menos cualificado, mañana por una plantilla mínima, y pasado mañana por una máquina que no cobra salario alguno.

De este modo, el programador —que durante un breve período histórico fue celebrado como una suerte de aristócrata del trabajo— descubre que su situación no lo coloca fuera de las leyes generales del capitalismo, sino plenamente sometido a ellas. El aumento de la productividad del trabajo en el software no conduce a la emancipación del trabajador, sino a su superfluidad relativa. El capital, una vez más, demuestra que su auténtica innovación no consiste en crear riqueza social, sino en aprender a prescindir cada vez mejor de quienes la producen.

- El salario real promedio de los especialistas digitales no se ha incrementado en todo el periodo, pues en 2023 era un 1,4% inferior al de 2011 debido al incremento de los precios. Esto no se observa en el salario medio de la economía, que en 2023 era un 3,5% mayor al de 2011.

Y si descendemos del terreno de la abstracción al de la contabilidad más pedestre —ese lugar donde el capital se confiesa sin pudor— el resultado no puede ser más elocuente. En España, los llamados especialistas digitales han comprobado que su salario es hoy un 1,4 % inferior al que percibían en 2011. He aquí la ironía suprema: en una época que se proclama a sí misma como la del conocimiento, el saber no solo no se remunera más, sino que vale menos.

La causa no reside en una súbita austeridad moral del capital, sino en la simplificación sistemática y la automatización de los procesos productivos. Allí donde antes era necesario un trabajador complejo, depositario de un saber relativamente exclusivo, hoy basta con fragmentar ese saber, encapsularlo en herramientas, manuales y software, y distribuirlo entre varios trabajadores simples. El capital descubre así que le resulta más rentable contratar a muchos portadores de trabajo empobrecido que a uno solo que concentre capacidades más elevadas.

Este fenómeno no constituye una anomalía española ni una desviación coyuntural, sino la expresión fiel de una ley general: el trabajo complejo es continuamente reducido a trabajo simple, y con ello su salario tiende, no hacia arriba, sino hacia el nivel medio de la fuerza de trabajo. La aparente paradoja —más tecnología, menos salario— se disuelve en cuanto se comprende que el verdadero objetivo del desarrollo técnico bajo el capitalismo no es elevar al trabajador, sino abaratarlo.

2. Los números del proletariado

Las anteriores determinaciones no nos resultan útiles para enmarcar al proletariado. El proletariado no son solamente trabajadores manuales o simples, pues los trabajadores complejos se ven afectados por las mismas lógicas de simplificación de su trabajo para que cada vez sea más común que cualquier trabajador sea capaz de desempeñar dicha tarea.

Las anteriores determinaciones nos llevan a una síntesis dialéctica que nos permite entender mejor el movimiento dentro del propio proletariado, pero no nos define al proletariado.

Para su definición podremos ayudarnos del trabajo de Engels[3].

"II. ¿Qué es el proletariado?
El proletariado es la clase social que consigue sus medios de subsistencia exclusivamente de la venta de su trabajo, y no del rédito de algún capital; es la clase cuyas dicha y pena, vida y muerte y toda la existencia dependen de la demanda de trabajo."

Engels ya nos decía que el proletariado es aquella clase social cuya subsistencia es dependiente en exclusiva de la venta de su fuerza de trabajo. Todo aquel, que para poder obtener sus medios de subsistencia, requiere de tener que vender su fuerza de trabajo es proletariado.

Año	Asalariados
2024	18.439.800
2023	17.963.000
2022	17.369.400
2021	16.660.700
2020	16.109.100
2019	16.670.500
2018	16.234.200
2017	15.715.100
2016	15.228.200
2015	14.773.500
2014	14.285.800
2013	14.069.100
2012	14.573.400
2011	15.394.200
2010	15.592.300
2009	15.881.100
2008	16.861.200
2007	16.968.100
2006	16.390.600

[3] Engels, F. Principios del comunismo

Revisando los datos del INE[4] veremos que en 2024 contábamos con más de 18 millones de asalariados. Aparentemente podríamos deducir que tendríamos 18 millones de proletarios, pero tendríamos que realizar otras comprobaciones.

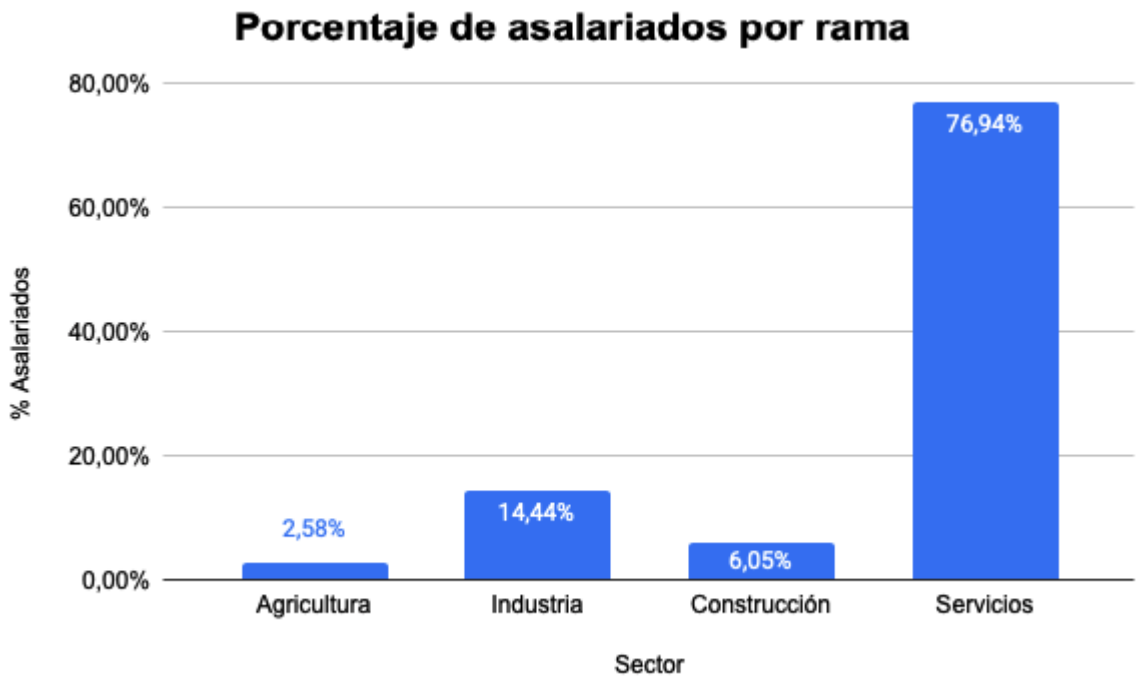
Tipo de trabajador	Número (en miles)
Total (A) + (B)	**21.653,90**
Trabajador por cuenta propia (A) = (A1) + (A2) + (A3) + (A4) + (A5)	**3.206,50**
Empleador (A1)	960,9
Empresario sin asalariados o trabajador independiente (A2)	2.158,90
Miembro de una cooperativa (A3)	24,8
Ayuda en la empresa o negocio familiar (A4)	61,8
Otra situación (A5)	7,6
Asalariados : Total (B) = (B1) + (B2)	**18.439,80**
Asalariado sector público (B1)	3.560,20
Asalariado sector privado (B2)	14.879,50

Podría suceder que los propios dueños de la empresa (los burgueses) estuvieran enmarcados dentro de trabajadores asalariados al fijarse un salario. No obstante, el total de ocupados nos resulta de la suma de los trabajadores por cuenta propia más los asalariados. Y es en trabajadores por cuenta propia donde tenemos a los autónomos, quienes ayudan en empresas de la familia o miembros de una cooperativa.

Si bien es cierto que aún podrían quedarnos algunos CEO dentro de la categoría de asalariados, sí que podríamos abstraer que en líneas generales, el proletariado español cuenta en sus filas con unos 18 millones de miembros.

El punto de los autónomos lo dejaremos aparte de forma momentánea, pero sí que matizamos que no consideramos a todos como empresarios al uso. Empero, como una primera gran definición y encuadramiento estratégico, podríamos asumir que la lucha de clases cuenta, en principio, con 18 millones de soldados frente a 3 millones de soldados rivales.

[4] INE. Número de asalariados https://www.ine.es/jaxiT3/Datos.htm?t=65977#_tabs-tabla



Desagregado por sectores productivos lo que tenemos es la constatación que España no es un país desindustrializado, su cerca del 15% de todos los asalariados dedicados a la industria dan buena prueba de ello.

¿Y dónde se ubica el proletariado? No nos referimos al sector productivo, sino a en qué empresas o tipo de empresas se ubican. Seguramente la mayoría pensará que en empresas pequeñas, pues, como escuchamos mucho: “España es un país de pequeñas empresas”.

Tabla 4. Distribución de empresas por tamaño y por sector

Empresas Por Tamaño	Agrario	%	Industria	%	Construcción	%	Servicios	%	Total
PYME (0-249 asalariados)	**269.754**	**99,9**	**167.808**	**99,3**	**336.418**	**100,0**	**2.147.297**	**99,8**	**2.921.277**
PYME sin asalariados (0 asalariados)	174.485	64,6	64.621	38,2	195.882	58,2	1.168.605	54,3	1.603.593
PYME con asalariados (1-249 asalariados)	95.269	35,3	103.187	61,1	140.536	41,8	978.692	45,5	1.317.684
Microempresas (1-9 asalariados)	87.410	32,4	72.371	42,8	119.267	35,4	844.594	39,3	1.123.642
Pequeñas (10-49 asalariados)	6.938	2,6	25.140	14,9	19.343	5,7	115.570	5,4	166.991
Medianas (50-249 asalariados)	921	0,3	5.676	3,4	1.926	0,6	18.528	0,9	27.051
Grandes (250 o más asalariados)	**156**	**0,1**	**1.160**	**0,7**	**147**	**0,0**	**4.221**	**0,2**	**5.684**
Total Empresas	**269.910**	**100,0**	**168.968**	**100,0**	**336.565**	**100,0**	**2.151.518**	**100,0**	**2.926.961**

Y si nos vamos a los datos[5] veremos que tan sólo el 0,20% del total de empresas son grandes empresas y el 38,3% microempresas. La conclusión parece evidente: España es un país de pequeñas empresas.

Tabla 6. Distribución del empleo por tamaño y por sector

Empleo Por Tamaño	Agrario	%	Industria	%	Construcción	%	Servicios	%	Total
PYME (0-249 asalariados)	633.788	87,6	1.442.827	63,6	1.113.660	91,4	7.834.420	58,0	11.024.695
PYME sin asalariados (0 asalariados)	174.485	24,1	64.621	2,8	195.882	16,1	1.168.605	8,7	1.603.593
PYME con asalariados (1-249 asalariados)	459.303	63,5	1.378.206	60,7	917.778	75,3	6.665.815	49,4	9.421.102
Microempresas (1-9 asalariados)	238.538	33,0	255.174	11,2	369.788	30,3	2.549.546	18,9	3.413.046
Pequeñas (10-49 asalariados)	132.466	18,3	534.894	23,6	371.752	30,5	2.259.312	16,7	3.298.424
Medianas (50-249 asalariados)	88.299	12,2	588.138	25,9	176.238	14,5	1.856.957	13,8	2.709.632
Grandes (250 o más asalariados)	89.699	12,4	827.097	36,4	104.891	8,6	5.663.205	42,0	6.684.892
Total Empresas	723.487	100,0	2.269.924	100,0	1.218.551	100,0	13.497.625	100,0	17.709.587

No obstante, si lo que observamos es la concentración de trabajadores por estas empresas, la cosa cambia.

Tamaño	% Trabajadores
Sin asalariados	9,05%
Microempresa	19,27%
Pequeña	18,63%
Mediana	15,30%
Grande	37,75%

Casi el 40% de los trabajadores se ubican en empresas grandes, casi el mismo porcentaje que las microempresas y pequeñas empresas juntas. Tan solo las empresas grandes y medianas (más de 50 trabajadores) acumulan a más del 53% de trabajadores, por lo que la afirmación de “España, país de pequeñas empresas” parece que se derrumba.

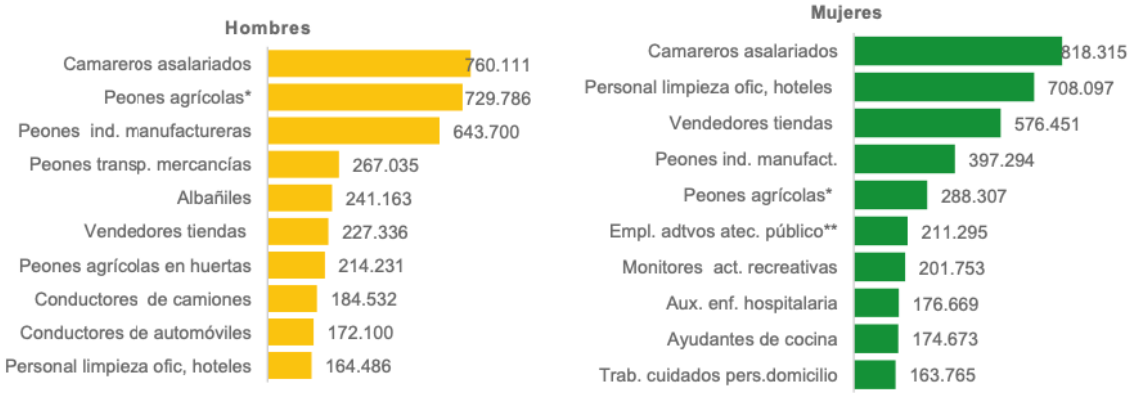
Y por sector, el 42% de los trabajadores de los servicios se encuentran en las grandes empresas (y casi el 56% entre empresas medianas y grandes), o el 36% de los trabajadores de la industria se encuentran en las grandes empresas (y el 62% entre medianas y grandes empresas).

En definitiva, las medianas y grandes empresas, que representan el 1,1% del total de empresas, acumulan a más del 53% del proletariado.

[5] Industria. Cifras de empleo y empresas
https://industria.gob.es/es-es/estadisticas/Cifras_PYME/CifrasPYME-febrero2024.pdf

Atendiendo a informes del mercado del trabajo[6] nos encontramos que casi 1,6 millones de las contrataciones se dan en Camareros Asalariados. También dentro del rango de 1 millón de contrataciones tenemos, por orden, a peones de las industrias manufactureras y peones agrícolas.

Gráfico 57. Las 10 ocupaciones más contratadas por sexo



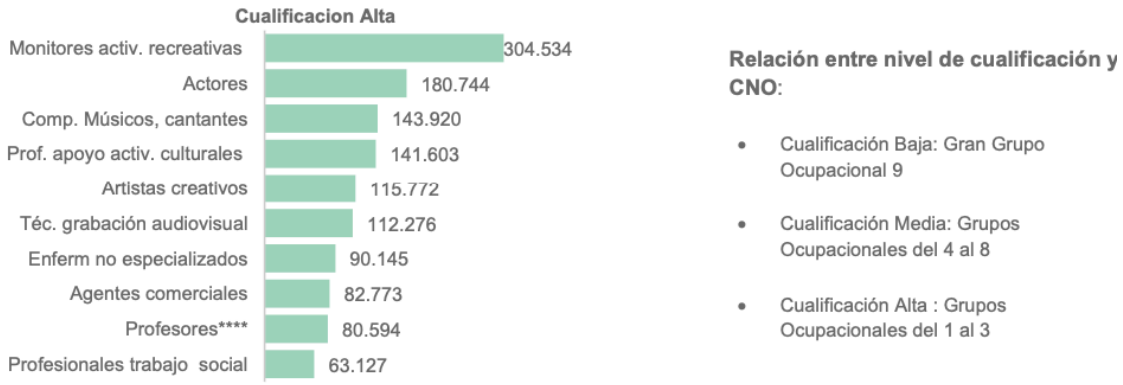
Fuente: Elaborado por el Observatorio de las Ocupaciones del SEPE a partir de los datos del SISPE. Total año 2024
* Peones agrícolas (excepto en huertas, invernaderos, viveros y jardines)
**Empleados administrativos con tareas de atención al público no clasificados bajo otros epígrafes.

Si atendemos a estas mismas contrataciones pero por nivel de cualificación, constatamos algo que nos podríamos imaginar.

Gráfico 59. Las 10 ocupaciones más contratadas por grandes grupos de cualificación a partir de los grupos CNO

[6] SEPE. Informe del Mercado del trabajo
https://www.sepe.es/HomeSepe/que-es-observatorio/informes-mercado-trabajo.html;jsessionid=6623CB762CAB1AD74F41CEC06A179B64.lxmaginterpro1b.html

Gráfico 59. Las 10 ocupaciones más contratadas por grandes grupos de cualificación a partir de los grupos CNO



Los niveles más bajos de cualificación son, para sorpresa de muchos filisteos economicistas, los que desempeñan la actividad fundamental de producción de mercancías. Sin el peón de la industria manufacturera no tendríamos las tazas, camisetas, camisas, sudaderas, comida precocinada, mesas, sillas, pinzas de la ropa o latas de refresco que tanto nos gusta comprar. Sin el peón agrícola no tendríamos alimentos y sin el personal de limpieza, no tendríamos impolutas las habitaciones de hotel a la que nos gusta ir tras varios años ahorrando.

3. España país Imperialista

Lenin nos detalló las características que tenía el Imperialismo[7], siendo el primer punto de ellos la concentración de la mano de orbea y producción en las empresas más grandes.

"*El enorme crecimiento de la industria y la notablemente rápida concentración de la producción en empresas cada vez de mayor tamaño son uno de los rasgos más característicos del capitalismo. Los censos modernos de producción suministran los más completos y exactos datos de este proceso.*

Por ejemplo, de cada mil empresas industriales alemanas, las grandes, es decir, las de más de cincuenta trabajadores, eran tres en 1882, seis en 1895 y nueve en 1907. De cada cien obreros, ese mismo grupo de empresas empleaba respectivamente a 22, 30 y 37. La concentración de la producción es mucho más intensa que la concentración de la mano de obra, ya que el trabajo es mucho más productivo en las grandes empresas, como demuestran las cifras sobre máquinas de vapor y motores eléctricos. Si tomamos lo que en Alemania se llama industria en el sentido amplio de la palabra, es decir, incluyendo el comercio, el transporte, etc., obtendremos el cuadro siguiente: grandes empresas, 30.588 de un total de 3.265.623, es decir, solamente el 0,9%. Estas empresas emplean a 5.700.000 obreros de un total de 14.400.000, es decir, el 39,4%; y consumen 6.600.000 caballos de vapor de un total de 8.800.000, es decir, el 75,3%, y 1.200.000 kilovatios de electricidad, de un total de 1.500.000, o sea, el 77,2%."

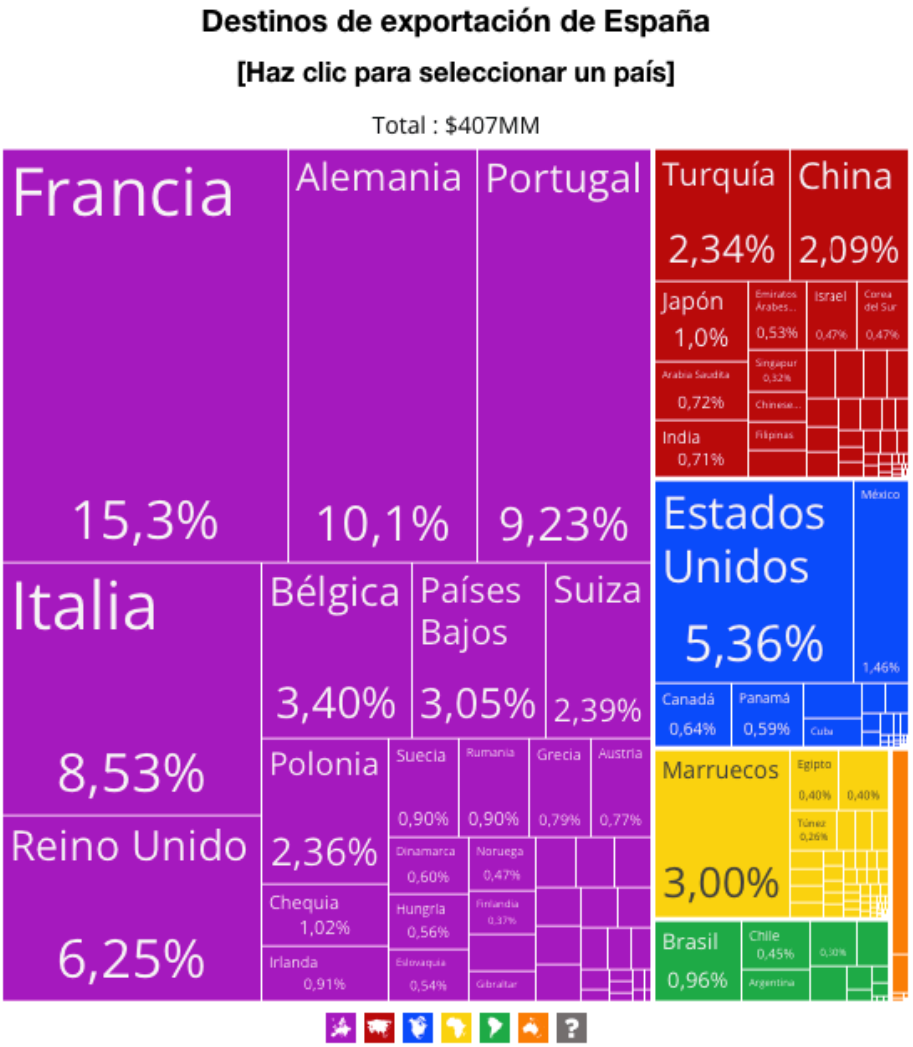
[7] Lenin V.I., Imperialismo: Fase superior del capitalismo

Este es un punto que ya hemos visto brevemente en el anterior capítulo, pero aquí lo detallaremos aún más.

	Nº Empresas		Personal		Ventas		Ventas fuera España	
	N	%	N	%	N	%	N	%
Microempresa (hasta 9 ocupados)	2.831.102	94,46%	2.334.187	19,75%	472.171.988	17,85%	38.307.226	7,72%
Pequeña (10-49 ocupados)	140.833	4,70%	2.468.613	20,89%	460.520.846	17,41%	68.721.578	13,86%
Mediana (50-249 ocupados)	20.588	0,69%	2.013.533	17,04%	486.110.588	18,37%	110.787.343	22,34%
Grande (250 y más ocupados)	4.560	0,15%	5.001.356	42,32%	1.226.978.567	46,37%	278.121.061	56,08%

Los datos del INE nos apuntan en la misma dirección pero con una concentración ligeramente mayor en cuanto al personal. Para el INE, las grandes empresas acumulan el 42% de los trabajadores y las medianas el 17%, haciendo que menos del 0,90% de las empresas acumulen a casi el 60% de los trabajadores.

En cuanto a la producción, las grandes empresas (el 0,15% sobre el total) acumulan el 46% de las ventas, porcentaje que asciende al 64% si incluímos a las medianas empresas. Finalmente en cuanto a las exportaciones, las medianas y grandes empresas acumulan el 78% sobre el total.



El país que más porcentaje de nuestra producción se lleva es Francia. Para ellos principalmente mandamos autos de tamaño pequeño, aceites de petróleo bituminoso, gas natural en estado gaseoso, energía eléctrica y varias partes del motor de un vehículo.

Alemania, segundo país al que más exportamos, lo que le mandamos es, también en primer lugar, autos de tamaño pequeño, pero también autos de diesel medianos, medicamentos y micro-autos.

A Estados Unidos, país dominante del polo imperialista, le entregamos principalmente aceites de petróleo bituminosos, convertidores estáticos, medicamentos, perfumes, biodiesel y aceite de oliva virgen.

“A medida que las operaciones bancarias se van concentrando en un número reducido de entidades,los bancos dejan de ser los modestos intermediarios que eran antes y se convierten en monopolios poderosos que tienen a su disposición casi todo el capital monetario de todos los capitalistas y pequeños hombres de negocios, así como la mayor parte de los medios de producción y de las fuentes de materias primas de uno o de muchos países. Esta transformación de los numerosos intermediarios en un puñado de monopolistas es uno de los procesos fundamentales en la evolución del capitalismo al imperialismo capitalista. Por ello debemos examinar, en primer lugar, la concentración bancaria.”

La segunda característica del Imperialismo según Lenin es la concentración bancaria. Y España, en esto, también tiene mucho que decir.

Banco	Activos M	% s/ total	% Acumulado
Santander	1.837.081,00 €	46,57%	46,57%
BBVA	772.402,00 €	19,58%	66,14%
CaixaBank	631.003,00 €	15,99%	82,14%
Sabadell	239.598,00 €	6,07%	88,21%
Bankinter	121.972,00 €	3,09%	91,30%
Unicaja	97.365,00 €	2,47%	93,77%
Abanca	83.847,00 €	2,13%	95,90%
Kutxabank	54.613,00 €	1,38%	97,28%
Cajamar	54.107,00 €	1,37%	98,65%
Ibercaja	53.141,00 €	1,35%	100,00%
Total	**3.945.129,00 €**	**100,00%**	

Solamente el Banco Santander acumula más del 46% de los activos que hay en España.

¡ROSALÍA TRAERÁ LUX TOUR 2026 A MADRID Y BARCELONA!

FECHA CONCIERTOS

30 marzo y 1, 3, y 4 de abril de 2026 - Madrid - Movistar Arena

13, 15, 17, y 18 de abril de 2026 - Barcelona - Palau Sant Jordi

PREVENTAS

Preventa Live Nation-S.SMusic: desde el martes 9 de diciembre. Preventa únicamente accesible para clientes que dispongan de tarjeta de pago Mastercard emitida por la entidad Banco Santander. Límite de entradas por compra: 2. Esto incluye las compras asociadas al mismo nombre, dirección de correo electrónico y tarjeta de pago.

En preventa a las 10h:

Conciertos en Madrid del 30 de marzo y 1 de abril

Conciertos en Barcelona del 13 y 15 de abril

En preventa a las 11h:

Conciertos en Madrid del 3 y 4 de abril

Conciertos en Barcelona del 17 y 18 de abril

Como anécdota, comentamos que no nos resulta casual que Rosalía, para su nuevo tour por España sacó entradas en preventa solamente para clientes del Banco Santander.

Si además contamos con el BBVA, estas 2 entidades ya acumulan el 66% de los activos. Así, si tenemos en cuenta a los 5 principales bancos acumularían el 91% de todos los activos en España.

Esta acumulación es la que permite la fusión del capital industrial con el bancario, dando lugar al capital financiero. El capital industrial, por su gran crecimiento, requiere cada vez de mayor maquinaria, nuevas fábricas y en definitiva de una mayor cantidad de capital constante al que solamente podrán acceder solicitando préstamos al sector bancario. De este comportamiento, el sector bancario acumula –durante los años del préstamo– la propiedad de la maquinaria.

La tercera característica del Imperialismo es la de exportación de capitales frente a la exportación de mercancías. Esto, para el caso de España es fundamentalmente cierto en ciertos países como Marruecos y algunos de Latinoamérica.

Con Marruecos les exportamos, además de aceites de petróleo, motores y alambre refinado de cobre mayor a 6 mm de ancho ¿La explicación? Les exportamos materias primas que operan como capital circulante para que elaboren los medios de consumo que después acabará en España.

Duro golpe de Stellantis a Madrid: el Citroën C4 dejará de ser 'made in Spain' para llevarse su fabricación a Marruecos

- La próxima generación del Citroën C4 no se fabricará en la planta madrileña de Villaverde
- Stellantis asegura que la continuidad de Villaverde está garantizada, pero no se sabe de qué forma

---

El Citroën C4 ya se produce en Marruecos junto a una gran cantidad de prendas del grupo Inditex.

POR
Europa Press

PUBLICADO EL 5 DE DICIEMBRE DE 2011

DESCARGAR

IMPRIMIR

Inditex aterriza con sus ocho cadenas en el mayor centro comercial de Africa

MADRID, 5 de diciembre - Inditex continúa con su plan de expansión internacional y ha aterrizado en el mayor centro comercial de Africa, ubicado en Casablanca (Marruecos), con la apertura simultánea de ocho tiendas pertenecientes a todas sus cadenas, informaron a Europa Press en fuentes del grupo gallego.

Además, el alambre que les entregamos es para que Marruecos se encargue de la producción del cableado que después usaremos en nuestros vehículos.

Por el resto de inversión, España se dedica a inversiones de bajo riesgo principalmente en Reino Unido, Estados Unidos, Países Bajos, Brasil y México. Como observamos, las inversiones van destinadas principalmente a países del polo Imperialista Occidental.

Como el cuarto punto característico del Imperialismo, tenemos el reparto del mercado interno y externo por parte de las distintas asociaciones burguesas.

2024 Inward FDI Stock			
	Economy	Mill USD	Share
1	United States	15,567,058	31%
2	China + HK	6,001,008	12%
3	United Kingdom	3,254,442	6%
4	Netherlands	2,699,359	5%
5	Singapore	2,230,874	4%
6	Canada	1,818,788	4%
7	Germany	1,209,485	2%
8	Ireland	1,170,383	2%
9	Luxembourg	1,143,108	2%
10	France	1,049,213	2%
11	Brazil	914,328	2%
12	Spain	867,636	2%
13	Australia	796,031	2%
14	Switzerland	767,035	2%
15	Mexico	720,245	1%
16	India	547,588	1%
17	Italy	493,539	1%
World		50,907,355	

Source: UNCTAD, WIR 2025.

2024 Outward FDI Stock			
	Economy	Mill USD	Share
1	United States	9,757,678	22%
2	China + HK	5,333,982	12%
3	Netherlands	3,182,667	7%
4	Canada	2,792,899	6%
5	United Kingdom	2,285,029	5%
6	Germany	2,252,464	5%
7	Japan	2,151,099	5%
8	France	1,679,395	4%
9	Luxembourg	1,652,302	4%
10	Ireland	1,378,060	3%
11	Switzerland	1,286,559	3%
12	Singapore	1,174,122	3%
13	Republic of Korea	762,647	2%
14	Australia	745,503	2%
15	Spain	632,170	1%
16	Italy	608,501	1%
17	Belgium	603,060	1%
World		43,594,995	

Source: UNCTAD, WIR 2025.

España ocupa el puesto 15 de inversiones que realiza alrededor del mundo, lo que la deja en un puesto de cierta relevancia. Empero, donde ocupa un puesto algo más relevante es en las inversiones de capital que recibe, donde ocupa el puesto 12 a nivel mundial.

	Name Selected date: Friday 12th December, 2025	LNG Inventory	
		10^3 m^3 LNG	~GWh
E	— EU	5698.29	38291.72
C	+ Belgium	426.49	2852.11
C	+ Croatia	111.60	718.50
E	+ Finland	72.00	531.00
E	+ France	610.93	4085.58
E	+ Germany	352.36	2350.84
E	+ Greece	300.39	2016.03
E	+ Italy	303.79	2049.00
E	+ Lithuania	74.33	502.00
C	+ Netherlands	472.37	3065.28
C	+ Poland	213.08	1432.83
C	+ Portugal	385.31	2633.97
C	+ Spain	2375.64	16054.61

Otro punto importante es la capacidad de almacenamiento de Gas Natural Licuado que tiene España, la cual presenta una capacidad de almacenamiento equivalente al 42% de todo el gas que usa Europa. Esta característica la deja en un puesto de especial importancia en el marco internacional.

Enagás se incorpora como socio industrial y accionista a Hanseatic Energy Hub en Stade, Alemania

Infraestructuras | Corporativo

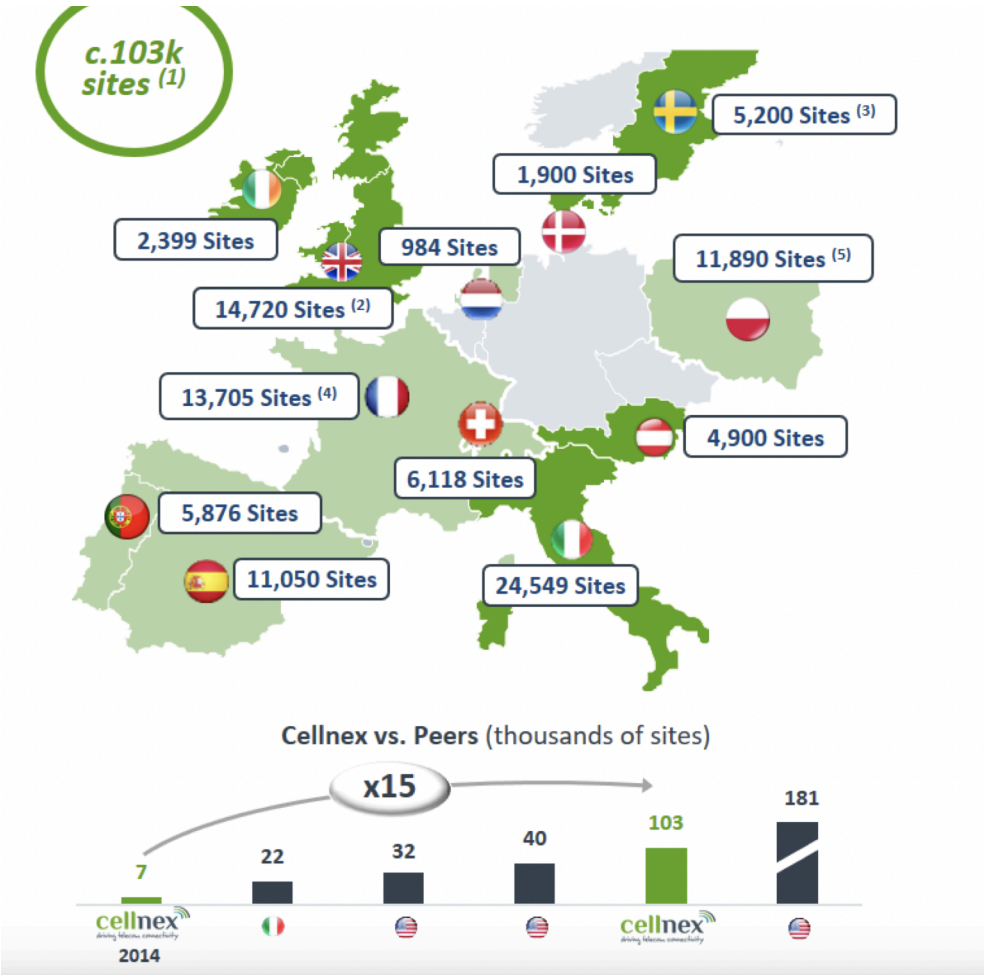
01 junio 2023

Por el lado de las telecomunicaciones, Cellnex opera como un gigante por Europa, donde ha pasado a convertirse un actor fundamental en la construcción y propiedad de torres de telecomunicación.

Cellnex cierra la compra de los activos de CK Hutchison en Austria, Irlanda y Dinamarca

Tras recibir la luz verde de las autoridades de competencia de Austria e Irlanda, la compañía ha cerrado ya la adquisición de las primeras 7.050 torres y emplazamientos- del total de 24.600 que integraban el portafolio de CK Hutchison en Europa

Como no podía ser de otra forma, estas actuaciones se dan con las aprobaciones de los distintos Estados, que son los que dejan que Cellnex cuente con más de 103.000 torres y emplazamientos de telecomunicaciones repartidas por el mundo en países como España, Italia, Países Bajos, Francia, Suiza, Reino Unido, irlanda, Portugal, austria y Dinamarca.



Este es, pues, el marco histórico concreto en el que se mueve el proletariado español, y no una abstracción patriótica ni una peculiaridad folclórica del sur de Europa. La acumulación capitalista se concentra en torno a grandes empresas, mientras la banca —lejos de cumplir la función inocente que le atribuyen los manuales— se aglutina en unos pocos núcleos de poder, dando lugar a colosales conglomerados financieros. Estos no solo dominan el crédito, sino que organizan, disciplinan y reparten tanto el mercado exterior como, de manera aún más férrea, el mercado interior, donde la competencia se reduce a una coreografía cuidadosamente regulada entre gigantes.

En este escenario, la pequeña empresa no sobrevive sino como satélite, subcontrata o residuo tolerado, y el trabajador no se enfrenta ya a un capitalista individual, sino a una maquinaria social que le resulta tan impersonal como inexorable. La concentración del capital no elimina la competencia; la eleva a un plano superior, donde ya no se enfrentan individuos, sino masas de capital organizadas.

Alrededor de dieciocho millones de proletarios —y esta cifra ni siquiera incluye a los desempleados ni a quienes venden su fuerza de trabajo en la sombra de la ilegalidad— se encuentran así sometidos a las leyes del capital. No se trata de una mera subordinación económica, sino de una sumisión total a esas síntesis de determinaciones dialécticas del trabajo anteriormente expuestas, que atraviesan su jornada laboral, su salario, su formación

y, en última instancia, su propia existencia social. El capital no gobierna solo la fábrica o la oficina: gobierna el tiempo, las capacidades y el horizonte vital de toda una clase.

Conclusiones

El proletariado no se define, como pretende la economía vulgar, por las múltiples y cambiantes determinaciones del trabajo —manual o intelectual, simple o complejo— sino por una determinación mucho más brutal y mucho más simple: la no propiedad de los medios de producción. A esta carencia material se añade una segunda, no menos decisiva: la imposibilidad estructural, garantizada por el propio orden social, de apropiarse de los medios de subsistencia por vías ajenas al intercambio de valores equivalentes, es decir, mediante la venta de la fuerza de trabajo a cambio de un salario. Todo lo demás son adornos conceptuales destinados a ocultar esta relación fundamental.

Aquí no hay elección libre, sino coacción económica. El trabajador “elige” vender su fuerza de trabajo del mismo modo que el hambriento “elige” comer. La igualdad jurídica del intercambio encubre una desigualdad material radical: de un lado, el poseedor de los medios de producción; del otro, quien no posee nada salvo su capacidad de trabajar, y ni siquiera esta puede ejercerla sino bajo las condiciones impuestas por el capital.

En esta situación se encuentran no menos de dieciocho millones de proletarios, dispersos en las más diversas ramas productivas, pero producidos todos bajo una misma lógica unificadora: la lógica del capital. Sus tareas son distintas, sus herramientas cambian, sus salarios fluctúan, pero su posición social es idéntica. El capital los fragmenta en la producción, los enfrenta en el mercado de trabajo y los clasifica en categorías artificiales, precisamente para impedir que reconozcan esta identidad fundamental.

De ahí que la primera tarea histórica del proletariado no sea técnica ni económica, sino política: elevar su conciencia de clase. Y esta elevación no surge espontáneamente del mero sufrimiento ni de la experiencia aislada, sino que exige una herramienta revolucionaria organizada, consciente y disciplinada: su Partido de Nuevo Tipo. Solo a través de él el proletariado deja de ser una clase “en sí” —masa explotada y dispersa— para convertirse en una clase “para sí”, capaz no solo de comprender el mundo que la domina, sino de organizarse para transformarlo.

Y esta es la tarea histórica-productiva que tenemos los comunistas, la de proletarizar el movimiento comunista para dotar de las herramientas de la Revolución al proletariado. Solamente fusionando al proletariado con el socialismo científico se podrá elevar la consciencia del proletariado para, al percibirse como clase explotada y embrutecida, negarse en la Gran Lucha de Masas y dar lugar a un nuevo orden social.

Dado que el proletariado debe reconocerse, por eso mismo hemos querido, no solamente aportar una cuantificación preeliminar del proletariado, sino de determinarlo en el momento histórico en el que nos encontramos. Solo con este primer reconocimiento seremos capaces de articular la estrategias de la Revolución. Pero eso ya es materia para otro documento.